

Algunas especies del género, como *J. acuminata* Lamk., de Cuba, y *J. podagrica* Hook., de Santa Marta, se cultivan en Europa como plantas de ornato.

491.—*Arracho* (Norte de Santander).

Centronia brachycera Naud.—Familia de las *Melastomáceas*.

El género *Centronia* consta de una docena de especies de la América tropical; desde México hasta el Perú y Guayanas.

J. Triana, en su obra "*Les Melastomacées*", señala diez especies de las cuales las siguientes pertenecen a la Flora colombiana.

C. insignis (*Calyptaria insignis* Naud.), de la provincia de Pamplona.

C. eximia (*Calypt. eximia* Naud.), del Quindío.

C. hæmantha (*Calypt. hæmantha* Pl. et Lind.), de la provincia de Pamplona.

C. brachycera (*Calypt. brachycera* Naud.), de La Baja (Santander).

492.—*Arracachuela* (Fúquene); *Lengua de vaca*.

Rumex crispus Lin.—Familia de las *Poligonáceas*. (Véase N° 45).

R. crispus L. es planta europea del sub-género *Lapathum* T., muy común a lo largo de los caminos y los sitios vagos.

En ciertas regiones comen las hojas del *R. crispus* y la del *R. obtusifolius* L., después de prepararlas como se preparan las de la col. El cocimiento de las raíces da, según el doctor E. Pérez Arbeláez, una medicina tónica, laxante y antiséptica.

493.—*Arracachuela*; *Centella* (Bogotá).

Ranunculus pilosus HBK.—Familia de las *Ranunculáceas*.

El género *Ranunculus* (de rana, plantas anfibias como las ranas) consta de unas 200 especies, esparcidas, poco más o menos, sobre toda la superficie del globo.

R. pilosus vive entre los 2.000 y 3.200 metros sobre el nivel del mar. De esta especie dice C. Cuervo M. lo siguiente: "Común en la Sabana de Bogotá; posee en alto grado las cualidades venenosas de la familia. Cuando el ganado llega a comerla sufre accidentes de la mayor gravedad, que principian por un ligero temblor en todo el cuerpo, la irritación intestinal es violenta y si no se principia la curación inmediatamente, el animal muere de las 48 a las 60 horas. El envenenamiento por medio del *R. pilosus* se puede combatir administrando inmediatamente una fuerte purga o agua fría acidulada ligeramente con limón o jugo de acederas.

494.—*Arracachuela del Quindío*.

Ranunculus vaginalis Pl. et Lind.—Familia de las *Ranunculáceas*.

Vive a una altura de 2.000 a 3.000 metros sobre el nivel del mar.

495.—*Arracachuela* (Bogotá).

Plagiocheilus bogotensis Wedd.—Familia de las *Compuestas*.

El género comprende media docena de especies, propias de la América meridional.

Pl. bogotensis es abundante en ciertos lugares húmedos. La encontramos en el boquerón de San Francisco y muy abundante en unas zanjas al norte de la capital.

496.—*Arracachuela* (Medellín).

Spananthe paniculata Jacq.—Familia de las *Umbelíferas*.

Según el "*Generum*", de Th. Durand, el género *Spananthe* no consta sino de la especie apuntada, que se encuentra en los Andes desde Brasil y Bolivia hasta México.

497.—*Arracachuela* (Medellín); *Arraclán* (Medellín).

Rhamnus frangula Lin.—Familia de las *Ramnéceas*.

El género *Rhamnus* (de *rhabdos*, varita; es decir, árbol de ramas delgadas y flexibles) consta de unas 66 especies de Europa, Asia, América templada y tropical y África tropical.

Rh. frangula L. es planta originaria de Europa. La corteza es amarga, acre y purgante al interior; antipsórica al exterior.

498.—*Arraclán*. (Véase N° 497).

499.—*Arraguete* (Llanos orientales); *Berreador* (Llanos); *Cotudo*; *Aullador*.

Myctus seniculus.—Mico de la familia de los *Cévidos*.

Alouatta seniculus. El color general de estos animales es rojo leonado, más o menos oscuro. Ordinariamente en la espalda el color es mucho más claro que en el resto del cuerpo. Una disposición especial del hueso hioides comunica a su voz una fuerza extraordinaria. Estos monos se encuentran en los bosques de las regiones templadas y cálidas. En la región de Bogotá (vertiente del río Magdalena) alcanza casi la tierra fría. Su alimento consiste en frutas y hojas de toda clase; también comen insectos y pajarillos que pueden coger en el nido. No parecen entrar en los cultivos del hombre.

500.—*Arra-u*.

Podicnemus expansa.—Familia de los *Quelónidos*.

La *Tortuga arra-u* se encuentra en toda la América tropical. Es la especie más interesante del grupo por la abundancia de individuos que se encuentran de enero a abril en las playas de los grandes ríos de los Llanos orientales. La hembra deposita sus huevos —unos 200 por cada individuo— en la arena de las playas, y como muchas hembras escogen la misma playa para esconder sus huevos, en un espacio relativamente pequeño, se puede a veces recoger una cantidad enorme de ellos. En ciertas ocasiones se ha podido recoger medio millón de huevos en un espacio de unos 40 metros cuadrados. Los huevos de tortuga sirven sobre todo para la extracción de un aceite de múltiples aplicaciones.

(Continuando)

BIBLIOGRAFIA

Véanse las indicaciones de la página 556 del N° 8 de esta Revista.

EL AMOR DE LAS ESTRELLAS

VICTOR E. CARO

Ex-Rector de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería

Mirando desde mi improvisado observatorio casero y semi-campestre con los sentidos del cuerpo y del alma

—el vistoso cielo

Que de los astros todos los hermosos

Coros alegran...

¿cómo es —me pregunto— que todo ese conjunto de magnificencias, esplendores y armonías infinitas que a las veces y en ciertos parajes, toca en los linderos de lo sublime, deja indiferente a la mayoría de los mortales? ¿Por qué razón el conocimiento externo del cielo se ha hecho como una especie de griego o latín, privilegio de unos pocos sabios y de algunos hombres medio *lunáticos*? ¿Cómo es que las personas cultas y educadas que saben comprender y apreciar las cosas bellas, la melodía de un canto, el ritmo de un verso, el claro-oscuro de un cuadro, el matiz de una rosa, no ven, ni sienten, ni oyen, por lo general, esa "música extremada de las esferas celestiales", esa poesía de la cítara de Dios, ese perpetuo florecer de los colgantes jardines de la noche? ¿Cómo se explica que hombres que se avergonzarían de mostrarse ignorantes en achaques de cosas que han aprendido de oídas, en cuestiones geográficas, por ejemplo, no tengan empacho en confesar que nada saben de eso que se les mete por los ojos? Y hay que tener en cuenta que en los dominios del cielo no intervienen los apetitos ni las pasiones humanas, ni hay tratados de Versalles que barajen y muden a su arbitrio fronteras y límites, ni concejos municipales que den nombre de generales a lo que lo tuvo de dioses. Allí arriba permanece intacta la obra de la Divinidad; las consecuencias del pecado original no han alcanzado a los astros, y el cielo de Adán y de Noé y el de los Caldeos es el mismo que admiramos hoy en día, o, mejor dicho, hoy en noche. Sólo de tarde en tarde, algún espléndido fenómeno llega a poner una nota fugitiva en la serenidad eterna. Ya es una de esas estrellas misteriosas que los astrónomos llaman *novæ*, aparición repentina y aislada que en poco tiempo crece y brilla hasta hacerse muchas veces visible en pleno día, y que luego declina y se apaga suavemente, a modo de ventana que de pronto se abre de par en par sobre el infinito, y una mano invisible viniese luego a entornar o a cerrar completamente. Ya es un cometa, príncipe solitario que con su capa de oro y su corona de brillantes, se muestra un momento en los dominios del sol y se aleja en breve, en viaje magnífico a través de los infinitos reinos de Dios. Ora es la luna que se eclipsa para llorar la muerte de Fallon, su cantor; y ora es el estado mayor de los planetas que en conjunción con el sol forma en los espacios una como guardia de honor para saludar en su vuelo a la eternidad el espíritu inmenso de Garavito.

Pero vuelvo a mi pregunta y a mi tema. Qué opinión nos formaríamos de las facultades de un individuo que, viviendo de ordinario en el campo y teniendo que recorrer todos los días, a pie o a caballo, un

Delante de mí, por el marco de ancha ventana abierta al infinito, van pasando lentamente las hermosas constelaciones australes que de tiempo atrás me tengo bien conocidas. Por estos meses, en las noches despejadas, "el éter cruza y hasta mí desciende" un luminar espléndido, uno de los más puros y limpios diamantes de la esfera celeste, el más brillante de cuantos resplandecen en las regiones del sur, el coloso del cielo, como lo llama el astrónomo Berget.

Vieja es ya y grande mi admiración y ferviente mi culto por esa deidad consoladora que cada noche anticipa unos minutos su llegada, como si conociera la impaciencia con que la espero. Cuando la veo, sé que allí está, tras oscura cortina, y que sólo aguarda que una ráfaga de viento barra las envidiosas nubes, para derramar sobre mi casa la luz blanca y piadosa de su benigna faz. Esa estrella, que se llama Canopo, y que sólo cede en brillo y esplendor ante el lampo azul de Sirio, es una estrella en cierto modo nuestra, sud-americana, dado que no nos viene de los Estados Unidos ni de Europa, donde ni la ven ni la conocen, hasta el punto de que en los tratados de Cosmografía apenas se cita su nombre.

Contemplando esa gota de luz purísima, en la transparencia de nuestras noches andinas, y siguiéndola en su curso sosegado, en medio del séquito de luminares que la acompañan y que forman en esa zona del cielo un conjunto de belleza incomparable, me ocurre pensar o imaginar cuál no debió de ser la admiración que la riqueza de ese hemisferio debió despertar en los primeros navegantes y conquistadores que vinieron a estas tierras. Al descubrimiento de las fértiles comarcas del Nuevo Mundo, iba precediendo el descubrimiento de las constelaciones del Nuevo Cielo, y no debió ser éste menos asombroso que aquél para quienes conocían sólo en parte la Geografía de las alturas;

Ils regardaient monter en un ciel ignoré

Du fond de l'Océan des étoiles nouvelles.

Por una de esas coincidencias que dejan pensativo al hombre, los nuevos asterismos que se ofrecían a la contemplación de Colón y sus compañeros, eran en su forma un símbolo claro y perfecto de la misión providencial de aquellos hombres. Ellos vieron surgir tras las ondas de levante la inmensa constelación del *Navío*, con su casco, sus mástiles y sus velas de luz, y enderezar el rumbo victorioso, llevando en la proa a Canopo, hacia los misteriosos abismos occidentales. En pos de esa carabela celeste vieron los cuatro clavos de oro de la *Cruz del Sur*, y no lejos de ésta, como enseña de la Conquista, la arrogancia del *Centauro* que se levanta gallardamente sobre los cascos traseros, que son dos estrellas soberanas, también nuestras, una de las cuales es, como si dijéramos, la primogénita del cielo, la primera cuya luz llegó a la tierra. Adelante el *Navío*, luego la *Cruz*, en seguida el *Centauro*, y por último el *Altar*. Símbolo admirable y único que perdura eternamente.

mismo trayecto, al cabo de muchos años de aquel continuo viajar, no supiese dar noticia ninguna tocante a los feudos que atraviesa, a los predios, campiñas, huertos y labranzas que bordean el camino, ni recordase los árboles, ríos, colinas y valles del suelo que pisa? Pues, ¿qué diremos de nosotros mismos, que levantando los ojos al cielo en mil y mil noches de nuestra vida, no distinguimos a la roja Antares, corazón del Escorpión, de la blanca Aldebarán, ojo del Toro, ni conocemos la Perla azul de la Corona Boreal, ni hemos visto en esos "repuestos valles de mil bienes llenos", las garras del León, ni la cabeza de la Serpiente, ni los cuatro cascos de Pegaso, ni la flecha siempre amenazante de Sagitario, ni hemos seguido los perezosos pasos de las dos Osas,

De bañarse en el mar siempre medrosas?

La Astronomía matemática, la Física y la Química estelar han adquirido en los últimos tiempos extraordinaria importancia, y son muchos los que están al corriente de los últimos descubrimientos y de las más avanzadas teorías cosmográficas y cosmogónicas, merced a las obras y escritos de vulgarización de sabios eminentes, como Flammarion, el Abate Moreux, Carlos Nordman y el ilustre Director del Observatorio de Barcelona. Sin embargo, no existe hoy, como antes, el simple amor de las estrellas, el gusto por la contemplación silenciosa de la bóveda celeste, el culto de los astros, ese culto en que han coincidido en todos los tiempos todos los pueblos. Ya no hay reyes que, como don Alfonso el Sabio, se olviden de las cosas de la tierra por mirar a las del cielo. El hombre moderno, práctico, eficiente, tiene hartos intereses a qué atender y sobradas preocupaciones de carácter poco sentimental, para detenerse a admirar la estrella vespertina, o para esperar, en una fría noche de diciembre, la salida esplendorosa del carro de Orión, seguido de los dos Canes, sobre las cumbres de los cerros orientales. A esta causa moral, relacionada con el espíritu de la época, se añade otra material que concurre a fomentar nuestro despegue por este género de aficiones: la difusión de la luz eléctrica. En la angosta faja de cielo que dejan entre sí los elevados edificios de una ciudad moderna, profusamente iluminada, los luceros de primera magnitud brillan apenas como pálidas luminarias, y nada dicen al alma. En Londres, durante los últimos meses de la gran guerra, cuando se ordenó la extinción de toda luz durante la noche, para alejar el peligro de las bombas aéreas, los ingleses, en medio de la oscuridad de la tierra, levantaron los ojos al firmamento: abrióse amigo a su mirada el cielo, como dijo Pombo, y a pesar de sus clásicas brumas, admiraron sus bellezas y tuvieron especiales agasajos para la luna, de cuyas fases sólo tenían noticias indirectas por los almanaques y calendarios.

Por estas mismas razones, probablemente, los poetas, si no me equivoco, han dejado de lado esa fuehte inagotable de serenas meditaciones, de pensamientos hondos y de imágenes luminosas, y ya sólo de cuando en cuando, alguno de ellos, habitador del campo, madrugando a cazar, se detiene ante las cons-

teladas puertas de la noche, y sacudido por un soplo de lo alto, pulsa la lira. Y es lástima que no sean más frecuentes esos raptos y transportes, porque en los himnos en que se celebran las cosas de arriba la inspiración viene de arriba. Para estímulo, solaz y aprovechamiento de los amantes de la poesía, deberían recogerse en un tomo, bajo el título de *Los poetas del cielo*, las composiciones a que me refiero. En esa colección, que podría abrirse con el nombre de Virgilio y cerrarse con el de Francis Jammes, figurarían con honor algunos líricos colombianos, y la *Luna* de Fallon, el *Himno a las Estrellas*, de Caro, las *Constelaciones*, de Rivas Groot, y algunas estrofas de Ortiz, Pombo y Flórez, brillarían con luz propia y resistirían el cotejo con las de inspiración análoga de Shelley, Víctor Hugo, Sully-Prudhomme, Longfellow, Bello, Pastor Díaz y algunos más.

El conocimiento de las estrellas siempre es útil, su culto siempre es benéfico, su amor dulce y consolador; y nadie debiera eximirse de aprender siquiera las primeras letras de esa ciencia que eleva el espíritu y ennoblece la vida. Cualquiera que sea nuestra profesión o empleo, cualesquiera que sean las circunstancias en que nos encontremos, las estrellas siempre tienen una palabra qué decirnos o una lección qué darnos. El poeta, arqueólogo de la noche, lee como en un libro, el sentido oculto de esos jeroglíficos misteriosos; el astrónomo halla en esos signos la explicación de las leyes universales; el filósofo, escrutador de lo infinito, asciende por esos peldaños de luz hasta la idea del Ser Supremo, causa primera de todo lo creado; y el pensador cristiano considera el cielo visible como el revés del otro, del de las almas, y toma las constelaciones como un símbolo o imagen de las muchas moradas que hay en la Casa del Padre. El geógrafo no puede trazar los círculos de la tierra sin consultar los astros, y el químico advierte que el microscopio no es sino un telescopio invertido. Las estrellas son faro del marinero, antorcha del explorador, guía del extraviado caminante. El campesino las interroga, y el pastor en la soledad de sus riscos, habla con ellas. Con sus hebras de oro tejían antes los enamorados corazones la trama de sus sueños de ventura: ellas fueron testigos de muchas alegrías y confidentes de muchos pesares. Los que hemos movido los pasos lejos del suelo patrio sabemos lo que vale la compañía y la amistad de las estrellas familiares, y los que tenemos amados despojos en extrañas tierras, sabemos también el consuelo que trae al adolorido pecho la lumbre de aquellos astros que, siguiendo un círculo determinado, como lámparas siempre encendidas, derraman su piedad desde el zenit sobre una tumba abandonada...

Desde el comedor de mi casa sigo el curso silencioso de esas deidades lejanas. El Navío, inclinando su proa, se hunde ya bajo el horizonte, y ante mí fulgura sin velo la Cruz del Sur, en cuyos brazos, como en un piélago de claridades, van a confundirse las dos grandes corrientes de la Vía Láctea.

Y vienen a mi memoria las estrofas de la *Noche serena*:

*Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra?*





CATLEYA DOWIANA Batem.
var. AUREA T. Moore
"Catleya amarilla".
(Instituto Botánico Nacional).



MASDEVALLIA NICTERINA Rchb. f.
Del Valle del Cauca - Río Cali.
(Cultivada en el orquidario de E. Pérez Arbeláez, Obsequio de Doña Lola Zamorano).